

## SOBRE LOS CANTOS DE LEOPARDÍ.

### I.

*Cuanto el hombre quisiere ser más espiritual, tanto le será más amarga la vida, porque sentirá mejor, y verá más claro los defectos de la corrupción humana.* Al decir estas palabras el autor de LA IMITACION DE CRISTO habla sólo de la vida presente, y presupone una vida futura, en la cual será satisfecho este deseo infinito, que ahora nos atormenta, y que lo infinito sólo puede satisfacer. Y esta pasión de ánimo, y estas extraordinarias aspiraciones han dado sér á los místicos discursos, y alimento á las almas de los santos: almas inquietas y anhelantes por lo infinito, que sólo en lo infinito se pudieron aquietar, y que apetecieron la muerte para vivir mejor y más dichosa vida. *El amor de Dios es la muerte de quien vive, y la vida de quien muere*, decía Lulio; y Santa Teresa exclamaba ¡Señor! *ó padecer ó morir. Muero porque no muero*; esto es, muero porque no logro libertarme de esta cárcel os-

cura de mi cuerpo, que me impide ver la Divinidad, de que mi alma es una imágen; de que mi alma misma está llena. Si libre mi alma de los lazos que la sujetan y retienen, pudiera dilatarse y extenderse más allá del tiempo y del espacio, mi alma se confundiría con Dios, y comprendería á Dios en su esencia. Si el alma pudiera ensalzar ilimitadamente todas las perfecciones que en sí concibe, y reducirlas luego á una perfecta unidad, el alma concebiría á Dios, y se reposaría en él con eterno reposo.

De estos deseos que nacen y se arraigan profundamente en algunos corazones, vienen á engendrarse en ellos el disgusto y el menosprecio del mundo y aun de los hombres, por tal arte, que muchos filósofos impíos han culpado al cristianismo, y le han llamado doctrina enemiga del género humano. Mas no consideraron ni notaron bien estos filósofos que el cristianismo lejos de aumentar ese odio á la humanidad, si así quiere llamarse, le condena y aniquila, y que sólo aumenta y da objeto efectivo al amor inextinguible del alma: la cual, si por desgracia pierde la fé y con ella el objeto digno de su amor, se consume dentro de sí misma en un amor desesperado y sin objeto. Porque este menosprecio de las cosas perecederas, y este amor de lo infinito y eterno están en las almas antes del cristianismo, por naturaleza y no sobrenaturalmente; y el modo que el cristianismo tiene de hacernos amar á los hombres es por ese mismo amor que fuera del cristianismo nos hace despreciarlos y aborrecerlos. Dios ama á los hombres con grande amor, y



por amor de Dios nosotros los amamos. Nunca un poeta católico hubiera dicho, como Juvenal,

Terra malos homines nunc educat atque pusillos:  
Ergo Deus, quicumque adspexit, ridet et odit.

Aquí al poeta y el dios por quien habla el poeta sienten un aborrecimiento y un desprecio artísticos por el hombre: porque así le acontece al artista, que ve que su obra no responde á la idea que de ella ha preconcebido: y porque, á no dudar, el hombre real es una caricatura con respecto al tipo ideal, que el poeta tiene del hombre en su mente. Con respecto á ese tipo ideal que el hombre quisiera ver realizado en sí, uno mismo, por más que le ciegue el amor propio, se considera tan mezquino y tan bajo, que acaba por despreciarse; y mientras más sublime y más alto es el ideal de perfección que imagina, más profundo es el menosprecio en que se tiene; el cual, si va acompañado de la fé y de la esperanza de una rehabilitación por medio de la penitencia y de la gracia, es humildad cristiana, pero si no va acompañado de estas virtudes, es como la desesperación de Judas. Y el grito de esa desesperación que en nuestro interior levanta la conciencia, si por dicha se ahoga en los deleites sensuales y en el agitado devaneo del mundo, no por eso deja á veces de oírse temeroso y solemne. Hasta el poeta más jovial y libertino entre los poetas paganos suele caer, en medio de sus placeres, en esa desesperación melancólica, y así es que le dice á Lesbia

Soles occidere et redire possunt:  
Nobis, quem semel occidit brevis lux,  
Nox est perpetua una dormienda.  
Da mi basia mille, deinde centum;

esto es, ahoga y hazme olvidar con tus caricias este pensamiento triste de la efímera vanidad de nuestra vida.

El universo con todas sus pompas y con toda su hermosura es un caos para el hombre sin fé: y este mundo en que vivimos, que para el cristiano es un valle de lágrimas, por el cual camina á un término dichoso, es para el hombre sin fé un valle de lágrimas aun más amargas y que solo se secan y fenecen con el sér propio suyo, que vuelve á perderse en los elementos de donde ha salido.

Y no hay que pensar que esta pasión de ánimo, que nos hace aborrecer y despreciar las vanidades del mundo, á nosotros mismos y á los demás hombres, sea una enfermedad que nos aqueje principalmente desde que el cristianismo se propagó; ni que tampoco se origine de la complicada, exquisita y defectuosa civilización de los tiempos modernos: porque ántes se ha de creer que el cristianismo es un remedio eficazísimo de esta enfermedad para las almas enérgicas y grandes, que aun tienen la dicha de conservar la fé; y que la civilización, con todos sus defectos, es asimismo un remedio y un consuelo para ciertas almas no muy inteligentes ni de muy elevadas aspiraciones: las cuales se dan por contentas de los goces mundanos y de lo que llaman progreso, y tienen por cosa averi-



guada que la especie humana se va mejorando cada día; que el siglo de oro esta en lo porvenir y no en lo pasado; y que si bien cada hombre de por sí es infeliz y malo, sumando y uniendo muchas infelicidades y maldades de estas, por una prodigiosa y harto sútil manera, que aun está por descubrir, aunque ya tiene nombre, se podrán formar una felicidad y una bondad generales, perfectas á maravilla.

Esta creencia y esta esperanza suplen la creencia y la esperanza en Dios, que faltan á algunas almas vulgares: pero nada hay que supla la esperanza y la creencia en Dios, cuando carece de ellas un alma enamorada, grande y de soberana inteligencia. Y sin embargo, esta alma persevera en el amor infinito de un infinito vago y fantástico, porque no tiene objeto: y este amor hace brotar en ella el hastío y la desesperacion más horrible. El alma del estupendo poeta italiano Leopardí es una de esas almas: y sus cantos, de que ahora vamos á ocuparnos, la expresion más sincera, elocuente y hermosa de los tormentos que esa alma llena de amor y falta de fé ha padecido.

## II.

En el hastío y la desesperacion de Leopardí no cabe duda que entraba por poco el mal estado de su salud. Desde la edad de veinte años padecía Leopardí atrocmente de los nervios y de las entrañas; pero la energía de su voluntad era tan invencible, y la claridad y despejo de su inteligencia tan grandes, que no se

ha de imaginar que su voluntad se amilanase, ni que se ofuscase su inteligencia por el mal físico: así como tampoco ni los bienes ni los goces pasajeros de este mundo las hubieran nunca satisfecho. El alma de Leopardí, aunque encarcelada en tan triste y dolorosa prision como la de su cuerpo, estaba siempre exenta y libre de alteracion alguna, que por influjo de su cuerpo pudiese modificarla: y ni en los escritos ni en el discurso de la vida del poeta se nota una vez sola que su dolor ó su alegría proviniesen de causas fantásticas; quiero decir, de esas alucinaciones que suelen tener las personas nerviosas y enfermizas. Y como además era incrédulo hasta el ateísmo, ni Dios se dignó nunca conducirle por sus caminos, ni el diablo quiso nunca perder su tiempo con palabras escondidas, ensueños místicos y elevaciones maravillosas. Impasible, pues, el alma de Leopardí, ó casi impassible al dolor físico, porque supo resistirle, y á los goces físicos, porque ni los buscó ni los tuvo; y no movida ni agitada por causa alguna sobrenatural, buena ó mala; entiendo que sólo á una causa filosófica se han de atribuir sus movimientos y agitaciones. Y esta causa no fué otra que el deseo inextinguible de una felicidad suprema, y la negacion absoluta de esta felicidad por el entendimiento. De aquí la lógica y serena desesperacion de Leopardí que presta tanto brio á sus versos.

Los versos de Leopardí no sólo son apasionados, amorosos y tristes, sino elegantísimos y perfectísimos de hermosura: la cual veia Leopardí escasa, confu-



sa y fugitiva en el Universo; y en el arte, purificada, limpia y permanente. Por eso amaba tanto la forma, y llegó á dársela tan admirable á sus versos. Con la forma, esto es, con el conjunto armónico, misterioso y singular de ciertas palabras, se expresan vagamente mil ideas inefables, que con las mismas palabras, por no hallarse apropiadas para ello, en vano se pretenderían expresar; por donde acontece amenuendo que en una sentencia poética haya dos sentidos que entender y desentrañar; el expresado por las palabras, y basta el entendimiento para comprenderle; y el expresado por el conjunto singular de las palabras, que solo el sentimiento puede comprender. De esta manera (y no como en la música que despierta en nosotros ideas que no están en la música misma), de esta manera, repito, declara la poesía, y está en la poesía aquello que las palabras por sí solas no alcanzan á encerrar y á declarar. De lo que resulta, que los que pretenden y logran, con este intento, la perfeccion de la forma, son eminentísimos artistas: y los que los acusan de retóricos sin alma, ó no la tienen ellos, ó no saben lo que se dicen. En la prosa es conveniente el bien concertado adorno en la frase, pero no necesario, sino para hacerla inteligible, mientras que en la poesía es de todo punto necesario. La poesía casi se puede decir que ha de ocuparse en cosas más que inteligibles: y esto me parece que daba á entender el célebre Carlyle al sostener que solo se debe cantar lo que no se puede hablar: ello es, que en la forma, construccion y organismo, por decirlo

así, del estilo de los grandes poetas, como Leopardi, hay un espíritu, que se pone en comunicacion con el espíritu del lector, si el lector le tiene, y le dice cosas, indecibles por otro medio. Pero ni de ese estilo, ni del espíritu que hay en él, podemos nosotros ponderar el valor, apreciar los quilates, ni percibir la hermosura si no es por el sentimiento. Analizarle sería buscar en un cuerpo muerto la vida y el alma. Basta lo que va apuntado para que se entienda cuán extraordinaria es la mágica elegancia de los cantos de Leopardi y lo que se puede penetrar con su lectura en el recóndito y tenebroso abismo de la conciencia del poeta. Allí se concibe lo infinito, el deseo de lo infinito y la infinita desesperacion de no conseguirlo.

Por lo que hace al sentido exotérico de los cantos de Leopardi, Leopardi es tan terminante y tan claro, que solo dejarán de entenderle los que carezcan de entendimiento; y, si bien el poeta no tuvo nunca el mal gusto de querer enseñarnos filosofía en sus versos, todavía se puede formar con ellos un sistema de filosofía moral; la moral de la desesperacion, como la llama Gioberti; y aun se puede sacar por induccion la filosofía primera en que se funda esta moral espantosa.

Supone Gioberti, grande admirador de Leopardi, que la incredulidad de este poeta proviene de la escuela filosófica que seguia, que era la de Descartes: y que, así como Hume con una dialéctica imperturbable vino á parar en un nilismo metafísico, última consecuencia de aquella doctrina; así Leopardi dedujo de ella atrevida y desapiadamente su moral desesperada.



Gioberti, como buen misogalo, y sin advertir que le quita á Leopardi mucha parte de su originalidad, quiere hacer recaer los pecados de Leopardi sobre los filósofos franceses; y no se atreve á confesar que un italiano pueda ser heterodoxo, incrédulo y blasfemo sin que los franceses le hayan pervertido. Gioberti se olvida á veces de Vanini, de Bruno, de Pomponazzi y de Maquiavelo. La filosofía psicológica, contra la cual tanto se enfurece Gioberti, y que, según él imagina, tuvo principio en Descartes, á quien por otro lado considera como metafísico de muy cortos alcances; esta filosofía existía ya antes de Descartes, y todo lo que Descartes y sus discípulos dijeron se encuentra ya con creces en las especulaciones de los antiguos sábios de Grecia y de Roma, y en las de los modernos de Italia, anteriores al cartesianismo.

Buscar de este modo la filiación de las ideas de un filósofo en las de otro filósofo suele hacernos caer en mil errores, y es por lo general inútilísima investigación: porque nadie puede ya concebir idea alguna, que no haya sido concebida por otros anteriormente, ni pensamiento filosófico que no hayan tenido otros. Si la historia de la filosofía fuera la historia y enumeración de estas ideas, en un pliego de papel se podría escribir. Por fortuna siempre hay novedad, cuando no en las ideas, porque el círculo de las ideas es por demás estrecho, y de difícil, si no imposible salida, en la manera de encadenarlas lógicamente, y de presentarlas por medio de la palabra.

En este punto Leopardi es diferente de todos los fi-

lósofos franceses: y las ideas, buenas ó malas, santas ó impías, que Leopardi expone, si son á veces las de los filósofos franceses, mas es por coincidencia que por imitación. Y ¿cómo, atendida la pobreza de nuestras ideas, no dar á cada paso en esta coincidencia? Porque, en resolución, toda la filosofía se reduce á responder con más ó ménos ingenio, pero con poca variedad, y por lo regular poco satisfactoriamente á estas cuestiones que el mismo Leopardi encierra en seis ó siete versos.

L'acerbo vero, i ciechi  
Destini investigar delle mortali  
E dell'eterne cose: a che prodotta  
A che d'affanni e di miserie carca  
L'umana stirpe; a quale ultimo intento  
Lei spinga il fato e la natura; a cui  
Tanto nostro dolor diletto o giovi;  
Con quali ordini e leggi a che si volva  
Questo arcano universo, il qual di lode  
Colmano i saggi, io d'ammirar son pago:

Vamos á ver ahora como responde Leopardi á cada una de estas cuestiones: pero antes de pasar adelante nos importa decir que Leopardi es filósofo en sus versos á pesar suyo; que si bien la suma de toda la filosofía es corta, es grandísima la suma de las otras ciencias, sin las cuales no se debe filosofar; y que todo esto no cabe, ni puede caber en verso. Así es que nosotros tenemos por gran poeta á Leopardi, no por su filosofía, sino por su sentimiento, y por la forma bella y perfectísima con que sabe expresarle.



## III.

Lo primero que se ocurre al pensar en Leopardí, es que, hombre tan enamorado como él, debe buscar á Dios, para aquietar en Dios su corazón: pero Leopardí no le busca porque entiende que no le ha de hallar y que le aborrecerá si le hallare. Ni una sola vez nombra Leopardí á Dios en sus versos. Para Leopardí no hay más Dios que el destino, esto es, las leyes inflexibles de la naturaleza: la cual, solicita del sér, pero no de la felicidad de los que son, no se cura de que vivamos felices, sino de que vivamos. Si Leopardí se apasiona y personifica este destino, es para quejarse de él é insultarle; entonces le llama

il cieco dispensator de'casi.

ó

il brutto

Poter ch'ascoso a comun danno impera.

Dios no es para Leopardí sino la idea de lo infinito objetivada; creacion metafísica, que repugna á su razón, y en la cual no halla tampoco como poeta gran mérito ni hermosura. Los dioses del paganismo son preferibles, según Leopardí. Ellos personifican las fuerzas y virtudes ocultas que difunden la vida por el Universo, y son como inteligencias secretas que mueven los ástros en el cielo, que dan ser á los séres, y prestan hermosura y animación á las cosas todas. Quien crea este Olimpo, y quien crea todo lo bueno y grande es la imaginación: la cual con la ciencia pierde

su vigor, y acaba por esterilizarse. Cuando no se entrevé aun el que llama Leopardí indigno misterio, la naturaleza se nos muestra cubierta de un velo, y habla poderosamente á la imaginación, y la embriaga, y la esfuerza á que finja y fantasee mil creaciones maravillosas; por eso fueron tan sublimes los antiguos poetas,

á cui natura

Parló senza svelarsi, onde i riposi

Magnanimi allegar d'Atene e Roma.

Hoy que el misterio indigno se va patentizando, y desgarrándose el velo, que toda la naturaleza cubría, cuantas bellas creaciones pusimos en ella se desvanecen, y huyen asimismo para nunca volver. El mundo se achica y encoje, en vez de ensancharse, con los descubrimientos, y

assai più vasto

L'etra sonante, e l'alma terra e il mare,  
al fanciullin, che non al saggio appare.

Los dioses, las ninfas, los fáunos, las regiones fantásticas é ignotas, la música de las esferas, y los gé-nios que las agitan en arrebatada consonancia, todo desaparece,

E figurato è il mondo in breve carta;

Ecco tutto é simile e discoprendo,

Solo il nulla s'accresce.

Y en efecto solo se aumenta la nada. Lo infinito está



dentro de la misma conciencia humana; y cuando se ignora la grandeza del Universo, ponemos en él la grandeza imaginada por nosotros, nos hacemos centro de ella, y poblamos el espacio sin límites con las riquísimas creaciones de nuestra fantasía. Entonces el hombre puede aparecer á nuestros ojos como rey de la creación entera. Con los descubrimientos de la ciencia, por el contrario, el hombre, aunque vea y note en el Universo una grandeza desmesurada y pueda contar millones de millones de astros, y millones de millones de leguas de un astro á otro, no por eso, por más que sume y multiplique, podrá igualar con lo descubierto la idea de lo infinito que tiene preconcebida. Antes le sucederá que, con este nuevo conocimiento de lo que existe fuera de él, se pondrá en contradicción consigo mismo, y dudará de lo que ántes creía hallar dentro de sí. La consideración de la excesiva pequeñez de nuestro globo, de la ruindad del hombre que le habita y de la vanidad y el orgullo de este hombre mismo, que se imagina señor de todas las criaturas y hasta creador de lo creado, no puede causar sino tormentos, y no puede inspirar sino burlas sarcásticas: el cuento de *Micromegas* de Voltaire, ó estos dos versos también suyos.

O Jupiter, tu fis en nous créant  
Une froide plaisanterie.

Lo que es Leopardí, más profundo y melancólico que el apóstol de la incredulidad, dice animado de ese impío sentimiento.

Veggio dall' alto fiammeggiar le stelle,  
Cui di lontan fa specchio  
Il mare, e tutto di scintille in giro  
Por lo voto seren brillare il mondo.  
E poi che gli occhi a quelle luci appunto.  
Ch' a lor sembrano un punto,  
E sono immense in guisa,  
Che un punto a petto a lor son terra e mare  
Veracemente; a cui  
L' uomo non pur, ma questo  
Globo ove l' uomo é nulla,  
Sconosciuto é del tutto: e quando miro  
Quegli ancor più senza alcun fin remoti  
Nodi quasi di stelle,  
. . . . .  
. . . . . al pensier mio  
Che sembri allora, o prole  
Dell' uomo?

Y de esta contemplación del Universo, no sólo deduce el poeta la ruindad del hombre, sino que extraviado por su mal génio, no ve en el mundo orden, ni concierto, ni fin, y niega horriblemente, cuando no la existencia, la Providencia divina. En el Canto del pastor á la luna, dice de este modo:

E quando miro in cielo arder le stelle,  
Dico fra me pensando:  
¿A che tante facelle?  
¿Chè fa l' aria infinita, e quel profondo  
Infinito seren? ¿che vuol dir questa  
Solitudine immensa? ¿ed io che sono?  
Così meco ragiono: e della stanza



Smisurata e superba,  
 E dell' innumerabile famiglia;  
 Poi di tanto adoprare, di tanti moti  
 D' ogni celeste, ogni terrena cosa,  
 Girando senza posa,  
 Per tornar sempre là dove son mosse,  
 Uso alcuno, alcun frutto  
 Indovinar non so. Ma tu per certo,  
 Giovinetta immortal, conosci il tutto.  
 Questo io conosco e sento  
 Che degli eterni giri,  
 Che dell' esser mio frale,  
 Qualche bene o contento  
 Avrà fors' altri; a me la vita é male.

La vida es un mal para el hombre que no se contenta con la vida como fin y objeto de la vida: de suerte que, segun Leopardi, los que pueden vivir sin trabajar para vivir, son más desgraciados que los que viven trabajando para ganar la vida; porque la vida de éstos últimos tiene al cabo un objeto, aunque vano, y la vida de los otros no tiene objeto alguno. El poeta al menos no logra descubrirle. Se le dirá quizá que este objeto es el progreso de la humanidad hácia el bien; pero el poeta contestará que este progreso no basta á satisfacer su deseo de una felicidad infinita. Primero porque este progreso no es infinito; y aun que sea indefinido esta limitado vagamente por las mismas condiciones y maneras de ser de la naturaleza humana: las cuales no deben cambiar, y si cambiaren, la especie humana transfigurada, ó por mejor

decir, trashumanada, no será ya la que es ahora, y por lo tanto ningun lazo podrá unirnos á ella, ni habrá solidaridad entre nosotros; y segundo, porque este progreso, dado caso que exista, es más superficial que sólido y efectivo. La imprenta ha hecho que la ciencia se difunda y que toquemos y bebamos de ella todas las inteligencias vulgares,

Sceso é il sapiente.  
 E salita é la turba a un sol confine,  
 Che il mondo agguaglia:

pero no ha conseguido crear filósofos más grandes que Platon, ni poetas más sublimes que Homero. La civilizacion aun no ha podido acabar con la miseria ni con la esclavitud: pero entre los esclavos del dia no hay Esopos, ni Epitectos, ni Fedros. La filantropía no ha acabado con la guerra, y ésta sigue siendo cruel y espantosa. El amor á la libertad no impide que siga habiendo tiranos tan fieros y atroces como Neron y como Caligula. Lo que es los Antoninos y Trajanos há mucho tiempo que no empuñan el cetro. A pesar de los adelantos de la medicina, las enfermedades antiguas no desaparecen, pero en cambio aparecen otras nuevas, más terribles y asquerosas, como por ejemplo, las viruelas, la sífilis, el cólera y la fiebre amarilla. Los medios de comunicacion son más rápidos y seguros; y de ellos nos valemos para visitar lejanos países, para gozar á poca costa de las más extrañas producciones de los otros climas, para comunicarnos nuestros descubrimientos, nuestras epide-



mias, nuestros infortunios, bancarrotas y crisis monetarias; y para enviar asimismo con más prontitud, ejércitos que con bombas y otras invenciones admirables destruyan en un momento y reduzcan á cenizas las ciudades soberanas. A pesar de los nuevos prodigios de la gimnástica, aun no hemos tenido un Milon de Crotona, y á pesar de la flamante ciencia ortopédica, sigue habiendo jorobados, patiestebados y hombres y mujeres feísimos. Apénas tendríamos idea de la verdadera hermosura, si no se conservase aún el Apolo en el Vaticano. Dicen que el término medio de nuestra vida es ahora más largo que nunca; lo cual, aunque sea cierto, que lo dudo, no probará en todo caso sino que tenemos más tiempo para aburrirnos, para desesperarnos y para hacer y decir tonterías. Acaso vivamos más ahora, como acaso vivan más las plantas en invernáculo que las que viven al aire libre; pero las que viven en invernáculo tienen una vida raquítica y pobre. La superstición dicen que ha desaparecido, pero yo no lo creo; ántes bien imagino que de poética y hermosa que solia ser, se ha vuelto fea y prosáica. Los profetas y los oráculos valen más que las mesas magnetizadas y que los sonámbulos. El dios de Delfos vale más que un pedazo de madera; y, no diré Isaias ó Daniel, sino el más ruin pseudo-profetilla samaritano vale más que todos los medios espiritualistas de los Estados-Unidos. Los crímenes siguen siendo tan frecuentes y atroces como en los tiempos antiguos; y, aunque no lo sean los suplicios, los criminales padecen más en ellos, porque

son en el día más débiles, pusilánimes y nerviosos. En fin, de cualquier modo que uno interroque y examine su conciencia, ve que el progreso es una mentira, y para acreditarle de verdad tiene que recurrir al mucho algodón que ahora se teje, y á la baratura que tienen las calcetas, y á lo cómodamente que se viaja en ferro-carril, aunque sea en el de Mádrid á Tembleque. Este es el progreso moderno, que no se ha de negar que tiene algo de ridículo. La ciencia de este progreso se llama economía política: y yo no sé si ella será también ridícula, pero es lo cierto que el gran poeta Leopardí se atreve á ridiculizarla de este modo:

Fortunati color che mentre io scrivo  
 Miagolanti in su le braccia accoglie  
 La levatrice, a cui veder s'aspetta  
 Quei sospirati di, quando per lunghi  
 Studi fia noto, e imprenderà col latte  
 Dalla cara nutrice ogni fanciullo,  
 Quanto peso di sal, quanto di carni,  
 E quante moggia di farina inghiotta  
 Il patrio borgo in ciascun mese: e quanti  
 In ciascun anno partoriti e morti  
 Scriva il vecchio prior: quando, per opra  
 Di possente vapore, á milioni  
 Impresse in un secondo, il piano, e il poggio,  
 E credo anco del mar gl'inmensi tratti  
 Come d'aeree gru stuol che repente  
 Alle late campagne il giorno involi,  
 Copriran le gazzette, anima e vita  
 Dell'universo, e di savere a questa  
 Ed alle età venture unica fonte!



Ni la economía política, ni los periódicos, ni todas las ciencias modernas podrán, según Leopardi, lavar á los hombres del pecado original y de la condenación que llevan escrita sobre la frente: no porque pecasen contra un Dios que Leopardi no reconoce, sino porque la naturaleza y el destino los condena, y

Porque el delito mayor  
Del hombre es haber nacido.

A los que creen en el progreso moral, les responde Leopardi con esta tremenda profecía.

Questa legge in pria  
Scrisser natura e il fato in adamant;   
E co' fulmini suoi Volta ne Davy  
Lei non cancellerà, non Angliá tutta  
Con le machine sue, né con un Gange  
Di politici scritti il secol novo.  
Sempre il buono in tristezza, il vile in festa  
Sempre e il ribaldo: incontro all'alme eccelse  
In arme tutti congiurati i mondi  
Sieno in perpetuo: al vero onor seguaci  
Calumnia, odio e livor; cibo de' forti  
Il debole, cultor de'recchi e servo  
Il digiuno mendico, in ogni forma  
Di comun regimento, o presso o lungi  
Sien l'eclittica o i poli, eternamente  
Sarà, se al gener nostro il propio albergo  
E la face del di non vengon meno.

Desgraciadamente por lo que hoy estamos viendo, creo que se puede deducir que la profecía de Leopardi se cumplirá. En lo único que tienen alguna apariencia de razón los que defienden la época presente es en su-

poner que el fanatismo religioso se ha mitigado y que no es tan cruel como en otras épocas. Pero si verdaderamente el fanatismo religioso se ha mitigado ya, ¿dejarán por eso de existir otros fanatismos menos disculpables y más crueles acaso? En el día es verdad que no se sacrifican ya á los dioses, por el bien de sus pueblos, los Decios, los Curcios, las princesas vírgenes, ni los emperadores mejicanos: los cuales quedaban honrados y venerados entre los suyos, y tenían al morir este gran consuelo que las más modernas víctimas humanas de la Inquisición no podían nunca tener, porque al par de ser sacrificadas, eran deshonoradas: pero en cambio de estas víctimas del fanatismo religioso tenemos hoy más que nunca las del fanatismo político. El mismo fanatismo religioso puede renacer con las mismas formas que antes tenía, ó con otras nuevas. «Cuando los antiguos, dice Donoso Cortés, buscaban una víctima limpia de toda mancha é inocente, y la conducían al altar ceñida de flores para que con su muerte aplacára la cólera divina, satisfaciendo la deuda del pueblo, acertaban en mucho y erraban en algo.» ¿Quién nos asegura, pues, que no acertaremos en adelante de esta suerte? ¿El mismo Donoso Cortés no cree en la eficacia purificante de la sangre derramada de cierta manera? ¿No interpreta de este modo las palabras del Apóstol á los hebreos, *sine sanguine non fit remissio*? «El error estuvo solo (y continua hablando Donoso Cortés) en creer que podía haber un hombre inocente y justificado hasta tal punto que pudiera ser ofrecido eficazmente en sacrificio por



los pecados del pueblo en calidad de víctima redentora. » Por eso sin duda tuvo que sacrificarse Dios mismo hecho hombre: mas no por eso dejarán de sacrificarse muchos hombres en lo sucesivo; ó ya porque no se crea en ese divino Redentor; ó ya porque se dude de la eficacia de su redencion; ó ya porque no se juzgue completa y general esta eficacia.

Me parece que bastará lo que llevamos dicho para conocer los motivos y razones más ó ménos plausibles, que Leopardí tuvo ó pudo tener, para estar tan mal avenido con la vida, con el mundo, y con el destino inflexible que, no creyendo él en Dios, imaginaba que dirigia las cosas todas. La ciencia de los misterios, esto es, la religion, es la sola ciencia de las soluciones supremas: y no siendo Leopardí creyente, á pesar de su mucha filosofia, y á pesar de todas las filosofías hasta ahora imaginadas, habia de hallar mil dudas horribles, y ninguna solucion satisfactoria para ellas. No creyendo nuestro poeta en otra vida mejor, no era posible que se contentase con esta tan mala. La consideracion de que este mal es general y necesario no basta á que un hombre de ingenio se resigne. Los tontos solamente se resignan cuando los males son necesarios, y tocan á muchos ó á los más. El proverbio castellano lo dice. Leopardí tampoco podia consolarse con la idea de que era y sería siempre parte del gran todo; ni podia creer de buena fé que estaba en él, y que él estaba en el yo universal y absoluto, que nunca fenece. Opiniones son éstas en extremo ingeniosas; pero poco consoladoras, y poco comprensibles.

Veamos, pues, si en medio de sus dudas, tormentos y tinieblas, habia en Leopardí alguna idea, ó algun sentimiento que le consolase é inspirase. Veamos cuál era el origen de su entusiasmo poético; que le tuvo, á no dudarlo, hasta el punto de ser el más gran poeta lírico de nuestro siglo.

## IV.

Del inextinguible deseo de lo infinito nace el entusiasmo de Leopardí. Este deseo, aunque nunca satisfecho, aunque perpétua y constante causa del dolor del poeta, es sin embargo, el mayor bien que el poeta tiene, porque el poeta prefiere el dolor al fastidio; y porque ama este deseo inextinguible, que se sustenta de sí mismo, por no hallar otro sustento.

Hay en el amor de Leopardí algo del amor que Platon nos describe en el Banquete y en el Fedro: y mucho de aquel amor de que habla Esopo en la fábula maravillosa de Júpiter y Eros. Júpiter envia á Eros á renovar y á salvar el mundo y á encender en las almas escogidas y hermosas un fuego celeste engendrador de todo bien.

Los sentimientos de Leopardí eran cristianos: y para ser cristiano sólo le faltaba la fé. La caridad, en el más lato y perfecto sentido de la palabra, ardia en su pecho. El Amor divino, ese hijo de la Venus Uranía, viene personificado en los cantos de Leopardí, y es el objeto de su adoracion y de su culto; su pensa-



miento dominante, y la única ilusion que le queda, despues de perdidas las demás.

Ratto d' intorno, intorno, al par del lampo,  
 Gli altri pensieri miei  
 Tutti sí dilegnar. Siccome torre  
 In solitario campo,  
 Tu stai solo, gigante, in mezzo á lei.

Leopardí es religioso, y si no lo fuese no podría ser poeta. Su religion es el amor, su Dios el amor. Y no sólo en sus cantos despliega ese entusiasmo, sino tambien en sus discursos en prosa. Cuenta en uno de ellos, titulado *Historia del género humano*, que al principio tuvieron los hombres para su consuelo varios agradables y bellos fantasmas, cuyos nombres eran Justicia, Patriotismo, Gloria, Virtud, Esperanza, etc.: mas no contentos los hombres con estos fantasmas, desearon la Verdad, y la Verdad vino y arrojó de la tierra á la Virtud y á la Esperanza y á todas las demás ficciones. Sólo les quedó á los hombres el amor sensual, aunque liviano y pasajero, único alivio de sus penas. Terrible fué entónces el reinado de la Verdad, y los hombres desesperados y furiosos blasfemaron de ella. Júpiter y entónces (y prosigue hablando Leopardí), compadecido de nuestra suma infidelidad, propuso á los inmortales que alguno de ellos viniese á visitar y á consolar en tanto trabajo á la humana gente, y muy en particular á los que no mostraban ser, por ellos mismos, merecedores de la universal desventura, á lo cual, habiéndose callado

todos los otros dioses, Amor, hijo de Venus celeste, conforme en el nombre al fantasma así llamado, pero en virtud y en obras diferentísimo, se ofreció (pues su piedad es singular entre todos los númenes), á hacer lo que Júpiter proponia y á descender del cielo, de donde él nunca jamás habia salido ántes, por no sufrir el coro de inmortales, que entrañablemente le queria, que se alejase, ni por muy corto tiempo, del trato y familiaridad de ellos.....

.....Desde aquella ocasion, rara vez suele ya descender Amor, y poco se detiene, así por el escaso y ningun merecimiento de la gente humana, como porque los dioses soportan molestisimamente su ausencia; pero, cuando viene á la tierra, escoge los corazones más tiernos y más nobles de las personas más generosas y magnánimas: y allí se reposa por breve espacio, difundiendo en ellos tan peregrina y maravillosa suavidad y llenándolos de tan puros y elevados afectos, y de tanta virtud y fortaleza, que estos corazones gozan, por la gracia de Amor, de un sentimiento desconocido al resto de los hombres; no de algo parecido á la bienaventuranza, sino de su esencia misma!

Este sentimiento beatífico que Amor puso en el corazon de Leopardí es, no sólo el manantial de su entusiasmo, sino tambien el único motivo que el poeta tiene para apreciar en algo la vida, y para preferirla á la muerte.

Pregio non ha, non ha ragion la vita  
 Se non per lui, per lui ch' all' uomo é tutto:  
 Sola discolpa al fato,



Che noi mortali in terra  
 Pose a tanto patir senz' alcun frutto;  
 Solo per cui talvolta,  
 Non alla gente stolta, al cor non vile  
 La vita della morte é piu gentile.

El pensamiento de este Amor divino reviste en un principio la forma del amor sensual, y se confunde y amalgama con él. La imaginacion entónces pone en una mujer su pensamiento amoroso; y en esta mujer toda la hermosura y la perfeccion toda, que es capaz de concebir. Más tarde, ó ya porque el ardor de la juventud ha pasado, ó ya porque se reconoce que no existen en la mujer las perfecciones imaginadas, ese Amor divino se pone en Dios que es su verdadero origen, así como es su verdadero objeto y su verdadero fin. Cuando, por desgracia, se duda de Dios y no se le puede amar, se ama á este Amor como se ama á una idea: idea sin copia, ni correspondencia, ni objeto que la represente en el mundo: idea vaga que parece estar dentro de nosotros mismos, y que se fija á veces, aunque de paso, y derrama su hermosura en las cosas que vemos y que entendemos: idea que encendió en Leopardí el amor de la mujer querida, el amor de la pátria y el amor de la humanidad; y que, perdidos ya, entibiados ó mal apagados estos amores, continuó siendo ella sola la causa y el objeto del amor de Leopardí. La única ocupacion seria, el único asunto de la vida, era para este místico acto de nuestro poeta pensar, soñar y adorar en su idea, ya desnuda de toda apariencia, ya en cualquiera de sus manifesta-

ciones fenomenales. Leopardí no buscaba en la poesía sino formas nuevas y hermosas, donde esa idea se pudiese dignamente encarnar. Fuera de esta idea nada esperaba encontrar Leopardí digno de su amor, ni en el mundo y la vida, ni más allá del mundo y de la vida. Su desden era soberbio y horroroso, pero sublime.

Da che ti vidi pria  
 Di qual mia seria cura último obbietto  
 ¿Non fosti tu? quanto del giorno é scorso  
 ¿Ch' io di te non pensassi? ai sogni miei  
 La tua sovrana imago  
 ¿Quante volte mancò? Bella qual sogno,  
 Angelica sembianza,  
 Nella terrena stanza,  
 Nell' alte vie dell' universo intero,  
 Che chiedo io mai, che spero  
 ¿Altro che gli occhi tuoi veder piu vago?  
 Altro piu dolce aver che il tuo pensiero?

Pero este mismo fantasma de hermosura, esta dama-duende, esta idea fugitiva que Leopardí amaba, se le iba muy á menudo de la imaginacion, y le dejaba solo: ó ya porque la imaginacion no tenia bastante fuerza para sostenerse con la idea querida en los espacios imaginarios, ó ya porque la razon, que nunca abandonaba al poeta, disipaba la ilusion como un ensueño. Entonces del mismo sentimiento que habia nacido el amor nacía la desesperacion y el deseo de la muerte. La muerte y el amor son hermanos, segun el poeta, y á ambos dedica una de sus más bellas



canciones. Del amor nace todo bien y todo mal cesa con la muerte. Cuando el amor no puede dar todo el bien deseado, la muerte destruye el deseo, y por consiguiente el mal. El que ama verdaderamente, desea morir. Con la muerte logrará, fuera de este mundo, el bien que le pinta y hácia el cual le mueve el amor, ó dejará de desear, si es imposible y fantástico su deseo.

Este afán y adoración de la muerte del místico ateo, presenta caracteres muy semejantes, aunque por distinto camino, al empeño de mortificar la carne, de aniquilar los sentidos, de padecer el martirio y de acabar con la vida de los místicos creyentes. La vida de Leopardí debió ser un continuo sacrificio de la vida; y sin duda Leopardí se hubiera suicidado si las enfermedades que padecía, y que con el intenso trabajo de su pensamiento, él mismo acrecentó, si no produjo, no hubiesen prematuramente dado fin á su existencia. Bien se pueden poner sobre su sepulcro estos tres versos, en los cuales trata el poeta de retratar á Alfieri:

Disdegnando e fremendo, immacolata  
Trasse la vita intera,  
E morte lo scampó dal veder peggio.

## V.

Ya hemos visto que la mujer que Leopardí amó es, como él mismo dice, «la mujer que no se encuentra. No se sabe si esta mujer haya nacido ya, ó deba nacer algún día. Lo único que se sabe es que no vive

ahora en la tierra, y que no somos sus contemporáneos.» La mujer, según Leopardí la veía y comprendía, es un ser muy inferior al hombre é incapaz de percibir siquiera los sentimientos que sabe inspirar. Leopardí no podía poner seriamente su amor en objeto tan indigno: y por eso acaso (á lo ménos así lo aseguran los amigos y biógrafos del poeta) bajó éste á la tumba en el mismo estado perfecto, en que podría un santo de los más santos é inmaculados.

En el amor de la patria no fué Leopardí mucho más feliz. La patria que él amaba no era tampoco su contemporánea; pero al ménos esta patria habia existido en otro tiempo, y el amor de Leopardí pudo alimentarse de recuerdos, y con la vista de las ruinas y con el estudio de los grandes autores y la admiración de los héroes maravillosos que en otra época produjo.

O patria mia, vedo le mura e gli archi  
E le colonne e i simulacri e l'erme  
Torri degli avi nostri;  
Ma la gloria non vedo,  
Non vedo il lauro e il ferro ond'eran carchi  
I nostri padri antichi.

Todo este canto á Italia, los cantos á Angelo Mai, y al monumento de Dante, y algunos otros, están inspirados por un tan doloroso, sublime y extraordinario amor de la patria, y escritos por un estilo tan bello y tan alto, que para hacer conocer el mérito de ellos sería menester citarlos todos. Yo para mí tengo que nada